



premio

género: artículo

MARÍA, LA MADRE DE JESÚS según el Evangelio de Juan

por Jesús HERNÁNDEZ CABRERA

OR LO GENERAL ESTAMOS ACOSTUMBRADOS A ver la imagen de María como “la joven de Nazaret”, “la llena de gracia”, “la madre de Emmanuel” en los Evangelios de Lucas y Mateo, y a que aparezca, por última vez, en la primera comunidad de los creyentes (Hch 1,4); el Evangelio de Juan nos presenta a la Madre de Jesús adulta, desposeída de todos los atributos de las anteriores, pero sí como una fiel seguidora del Hijo.

Juan, a partir del impacto que Jesús dejó en su vida, no encontró palabras para hablar de Jesús, y demostrar el significado de un Dios que se da y se entrega a todo aquel que con fe confiada y comprometida desea seguirle; ejemplo: en los capítulos del 2 al 12 de su Evangelio nos dio signos para demostrarnos el mesianismo de Jesús, y los concretó en siete señales, cuatro que son propias suyas (las bodas de Caná, el paralítico, el ciego de nacimiento y la resurrección de Lázaro) y las otras tres que se repiten en los sinópticos: Marcos, Lucas y Mateo. En el Capítulo 2 aparece la primera señal que ocurrió en Caná de Galilea (Jn 2, 1-2) estando allí la Madre de Jesús y, que la va a vincular con algo que para Juan es importante: “la hora de Jesús”. Así, de una forma no casual, quedó vinculada la madre con la hora del Hijo. Lo que ocurrió todos lo sabemos y, vamos a analizarlo desde una óptica bíblica y postconciliar.

La respuesta de Jesús a su madre es semejante a las que aparecen en los sinópticos, y podemos ver aún más:

una distancia al llamarla mujer y no madre, como haciendo notar que los vínculos familiares para Él no son decisivos, y la relación se decide en la fe en Él, como Hijo de Dios, y en su relación con el Padre.

Mujer no es un juicio negativo sobre Su madre, sino una forma de autoconciencia expresiva de creer en Él. Por eso a la madre de Jesús no le importó el reparo del Hijo; se sintió en su casa, dueña de sí misma, e impulsó al Hijo a actuar; adelantó su hora ante los discípulos, lo dejó descubierto como el Hijo del Padre y, por la fe, puso de manifiesto la presencia de la gloria de Dios en Él. Para muchos, este fue el “esponsal mesiánico de Jesús”.

Por eso Juan Pablo II en su Carta a las Familias de 1994, meditando este Evangelio y combinándolo con la idea de Pablo, que ve a Cristo como “esposo y modelo de la Iglesia”, nos recuerda “varias veces el Evangelio nos habla de las bodas, banquetes, fiestas y Jesús utiliza la imagen de Dios-esposo del Antiguo Testamento, para revelar el misterio de Dios como misterio sponsal...”



Con su presencia en Caná, “trata de demostrar que la verdad de la familia está escrita en la revelación de Dios y la Historia de la Salvación”, y se nos presenta como “heraldo de la verdad divina sobre el matrimonio”..., “enseña a la familia que Él está contra todas las pruebas de la vida.”

Juan nos enseña en el relato de las Bodas de Caná que Jesús manifestó su gloria y los discípulos creyeron en

Él. Ya desde su Prólogo nos viene enseñando “que la ley fue dada por medio de Moisés; pero la gracia y la verdad han venido por Jesucristo”. (Jn 1,17)

En un mensaje cristológico, Jesús es revelado como el Mesías, el Ungido, el Esperado; pero a su vez, es mariológico, porque en la figura de la madre está presente la voz de la sinagoga de Israel; la hija de Sión, el Arca de la nueva alianza: “Hagan lo que mi hijo les diga” (Jn 2,5); nos recuerda a los hebreos en el Sinaí: “Haremos lo que dice el Señor (Ex 19,8).

Ella es la madre previsor, presente en la dificultad familiar, para después aparecer como ente activo en la primera comunidad cristiana (Hch 1,4) en aquel movimiento iniciado por el Hijo. Fue parte de la Iglesia antes del Hijo y al mismo tiempo, Iglesia después de Cristo.

Hará Juan una breve referencia cuando bajó Jesús a Cafarnaún, junto a su madre y sus hermanos (Jn 2,12), para que después vuelva a aparecer la madre en la escena de la crucifixión, cuando había llegado la hora de glorificación final del Hijo. Al pie de la cruz estaba María. (Jn 19, 25, 27)

Esta escena quedó muy bien redactada, y Juan es el único evangelista que cita la presencia de María, a diferencia de los sinópticos (Mc 15, Mt 27, 56 y Lc 24, 10), quienes constatan la presencia de “las mujeres”; la única de ellas cuyo nombre aparece en los cuatro es María Magdalena, con quien termina el Capítulo 19: “el discípulo la tuvo en su casa” (19, 27) y, según los estudiosos de Juan, como Bultman, Dauer, Brown, Guasco, Larriñaga y Kapkin, entre otros, “que en la redacción del cuarto Evangelio están los recuerdos provenientes de la vinculación de la madre a Jesús, con la comunidad cristiana de donde partieron las primitivas relaciones joánicas”.

Y Jesús le dice nuevamente la palabra “mujer”, y como buen rabino, cumpliendo el cuarto mandamiento, le recuerda a Juan que en la mujer está su madre (Jn 19), que queda sola.

Mujer aparece en Génesis 3, 15 refiriéndose a Eva. Luego María, la nueva Eva, la hija de Sión que recibe a los nuevos hijos, desolada, se convierte en la madre de los creyentes y, como destaca la Bula Convocatoria del Gran Jubileo “llamada a ser la madre de Dios, María vivió plenamente su maternidad desde el día de su concepción virginal, culminándola en el Calvario a los pies de la cruz. Allí, por un don admirable de Cristo, se convirtió en madre de la Iglesia, indicando a todos el camino que conduce al Hijo”.

En el momento final del Hijo, de Su glorificación, aquella que adelantó “la hora”, aparece junto al Hijo cuando está solo, cuando ha dicho Sus últimas palabras, casi sin poder respirar, y deja una encomienda para ella cuando todo está cumplido.

Recordemos que al morir Jesús en la cruz, uno de los soldados le rasgó el corazón con una lanza (Jn 19, 34) y brotaron agua, símbolo del Espíritu, y sangre, símbolo de la vida que ha sido donada a la voluntad del Padre por amor a los suyos. De esta acción nació la Iglesia.

Juan y María son testigos fieles de lo ocurrido, y el Espíritu es don dado a la nueva relación discípulo-madre, creyente-Iglesia, relación muy estrecha. Ambos dan a todos ese espíritu, que por la redención del Hijo nos hace hijos de Dios.

Juan es el discípulo amado, el que se recostó en el corazón del Maestro la noche de la traición y supo quien era el traidor, el que vio la muerte de Jesús y su corazón traspasado, el que en la mañana de la resurrección llegó primero que Pedro, pero dejó que este entrara primero; vieron los lienzos, el sudario y creyeron en el Resucitado. Es el que nos habló de su Evangelio (Jn 16, 21) “que después de los dolores de parto, la mujer sentía alegría al traer a su hijo.” María, con su dolor al pie de la cruz, con su maternidad espiritual, es la madre de los que creen en la obra del Hijo.

Y ella, la madre, es “la primera creyente”, la que guardó y meditó todas

las cosas en su corazón, la que vivió la noche de la fe, en el decir de Santa Teresa del Niño Jesús; la que se abrió al Espíritu que la fecundó y que la hizo madre del Hijo, en esta nueva maternidad vivida plenamente y acrisolada por la fe en el Espíritu que la convierte en estrecha relación entre el Padre, su Hijo Jesucristo y el Espíritu Creador. Esto es contemplar a seguidores y al que nuestro Papa Juan Pablo II hace referencia.

Hemos señalado, el valor histórico del recuerdo (año 100) de las primeras costumbres cristianas, cuando no se pensaba en tantas interpretaciones y deducciones de los pasajes bíblicos. No cabe duda que la lectura mesurada de los textos, destaca la “importancia de la madre de Jesús” y, como destaca Frank Duff: “La falta de estima de su misión llega a ser un defecto de fe significa empobrecimiento de la vida espiritual.”

La reflexión cristiana posterior, aleccionada e impulsada por la confesión cristológica y la enseñanza del magisterio de la Iglesia, sobre todo de lo emanado del Concilio Vaticano II, apunta: “Con cariñoso reconocimiento glorifica la entrañable figura de María, la madre de Jesús y develará virtudes que el hecho de su maternidad implica para la incomparable madre de Dios.”

Como dijo, basándose *in Incarnationes mysterium*, el Cardenal Jaime Ortega en su homilía del cierre del Año Santo Jubilar, el pasado 7 de enero, al analizar cómo el encuentro con Jesús siempre nos lleva a María, Su madre y, allí está la Iglesia: “Porque desde hace dos mil años, la Iglesia es la cuna donde María coloca a Jesús y lo entrega a la adoración y contemplación de todos los pueblos.”

Ojalá que María, la madre de Dios, sea cada día reconocida como la madre de la Iglesia, pero para esto es necesario ver en ella a la madre solícita de cada uno de los hijos de Dios en su ofertorio, que pasando el tiempo y el espacio abraza a toda la humanidad, y le muestra al Hijo. □